

Dice; y se aleja con violento paso,
Tras sí cerrando la pesada puerta,
Y despiadado, á su infeliz esposa
Sobre la tierra desmayada deja.

IV.

¡Noche, lóbrega noche que testigo
Fuiste de tanto horror y escena tanta!
¿Quién describir pudiera tus terrores,
Los crímenes que viste y la matanza?
¿Quién el pavor de la asombrada gente
Con sus colores tétricos pintara,
Cuando del lecho en que dormía muelle
Con estrépito horrible fué llamada?
¿Quién la fatal sorpresa del marino
Y el estupor de la dormida guardia,
Cuando sin armas vióse de improviso
Y de ejército intrépido cercada?
Que era llegada á su mitad la noche
Anunciaba la lúgubre campana,
Cuando cundió por la Ciudad Soberbia
En un momento inesperada alarma.
La galera que armara contra el turco
El generoso Conde de Lavaña,
A un caballero que veloz se acerca
Deja caer sin dilación la escala.
Empuña el remo el vigoroso esclavo;
Fuerte levanta el marinero el ancla,

Y entre las negras sombras avanzando
Bloquean de la Dársena la entrada.
De Doria los bajeles numerosos,
Que allí encerrados sin temor descansan,
Por doquiera asaltados de improviso
Todos se ven de innumerables lanchas.
En vano los forzados se despiertan
Y los marinos bravos se levantan:
Prisioneros se encuentran y vencidos
Antes que puedan empuñar las armas.
Si algún valiente en resistir se obstina,
Lo pasa el filo de enemiga espada;
Y si escaparse algún bajel pretende,
La galera sobre él su fuego lanza.
Vano es luchar: en vano por auxilio
El compañero al compañero clama;
El acero fatal del asaltante
Su dolorosa voz crüel apaga.
Noble descuella en la invasora hueste
Forma sublime de elevada talla,
De largo sable, de brillante peto,
Ancho el broquel y la cimera blanca.
El peso sin sentir de la armadura
Cual pajarillo por las aguas salta;
Y con ligero pie corre veloce
De bajel á bajel, de barca á barca.
No es el estrago del funesto rayo
Terrible más que el de su diestra infanda:
Rastros sangrientos por doquiera deja.....
Él es, él es: el Conde de Lavaña.

Todo se humilla ó se aniquila todo
Allí do posa la insegura planta:
Blande el acero, y á su vista sólo
Los enemigos con terror se apartan.

Presto dejando á su poder sujeta
Del Almirante la infeliz escuadra,
Al frente marcha de sus bravas tropas
Las naves á atacar republicanas.

Armados ya los marineros todos,
Sobre los puentes sin temor lo aguardan,
Y apenas miran que se acerca intrépido,
Lluvia de fuego asolador descargan.

Corre á torrentes la fraterna sangre,
Se cubren de cadáveres las aguas,
Y mil y mil inanimadas formas
En el mar pavorosas sobrenadan.

La muerte despreciando, que horrorosa
Lleva doquier terrífica metralla,
Avanza Fiesco con desnudo sable,
Y á las naos impávidos se lanza.

Todas se ven en el instante mismo
Por muchedumbre intrépida abordadas,
Que por las cuerdas valerosa sube
Cual por escala de dorado alcázar.

Los golpes á porfía se redoblan;
Acrecen más y más las estocadas;
Retruenan sin cesar los arcabuces,
Y rotos caen yelmos y corazas.

¡Ay! ¡Más de un joven que laureles y oro
Se prometiera, y sempiterna fama,

Del insondable mar en lo profundo
Sepultadas dejó sus esperanzas!

¡Más de un valiente que en su puesto firme
Esgrimió la cuchilla no manchada,
Bravo hasta el fin, del indomable Fiesco
Cayó bajo la diestra sanguinaria!

¡Cuánto mancebo á quien la sed de gloria
Del seno de su madre arrebatara,
En la lucha fatal cayó sin vida,
Cuando ella ¡oh cielos! sin temor soñaba!

Cansado el labio enumerar no puede
La multitud de infortunadas almas
Que á las regiones del eterno olvido
Bajaron ¡ay! en esa noche aciaga.

Adamantina voz fuera impotente,
Cien ardorosas lenguas no bastaran,
Para cantar, oh Fiesco, tus proezas;
A referir, oh Conde, tus hazañas.

Tú enarbolaste tu pendón altivo
En la vencida nave capitana,
Y tu sonoro grito de victoria
Hizo cesar la lucha encarnizada.

¡Ved! Al oirlo el enemigo tiembla:
Todos deponen con terror las armas,
Y en un instante quedan sometidas
A la rebelde gente las escuadras.

Apenas cesa en el calmado puerto
El confuso rumor de la batalla,
Cuando lejano llega á los oídos
El eco de terrífica algazara.

El pecho rebosando de alegría,
Hacen volver á la ciudad las lanchas,
Y más distinto el plácido rüido
Anuncia la victoria deseada.

El pueblo todo de la ardiente Génova
Cubre las calles y espaciosas plazas;
Y *Fiesco*, *Fiesco*, por el aire suena,
Y *Libertad* estrepitosos claman.

El valiente Verrina, descendido
Del leño que la Dársena bloqueara,
Rodeado de gente sobre el muelle
A su caudillo vencedor aguarda.

Apenas mira que á la tierra llega,
Cuando radiante de alborozo exclama:
«La fortuna doquier nos favorece;
Vencen doquier nuestras potentes armas.

»Nuestras son ya de la ciudad las puertas:
Están las fortalezas ya tomadas;
Los enemigos, muertos ó vencidos;
Grande, muy grande ha sido la matanza.

»En este instante tu valiente hermano
De entrambos Dorias el palacio asalta;
Nuevos laureles á ganar marchemos;
Funesta puede sernos la tardanza.»

Tiéndele *Fiesco* la amigable diestra;
Detiene el paso, la visera se alza,
Y á la gente que ansiosa le circunda,
Arenga así con rápidas palabras:

«Mis amigos: el cielo nos protege;
Presto hollará vuestra soberbia planta

El exánime cuerpo de ese monstruo
Que nos oprime vil y nos ultraja.

»No desmayéis, mis bravos genoveses:
De libertad la sacrosanta causa
La ayuda vuestra rigurosa exige,
Y nuestra sangre y vida nos demanda.

»Marchemos á beber la del tirano:
Ataquemos intrépidos su alcázar:
Pobres y ricos, nobles y pecheros,
Renombre y oro poseeréis mañana.

»¡Ea, marchemos! De mis bravas tropas
Al frente me tendréis en la batalla:
¡Perezcan, sí, perezcan los tiranos!
¡Á libertar, á libertar la patria!»

Sigue de aprobación ronco murmullo,
Y todos le abren respetosa valla;
Él por en medio pasa presuroso,
Y tras él todos al ataque avanzan.

Ya no muy lejos del ducal palacio,
Cuando á asaltarlo unidos se preparan,
Entre la espesa obscuridad perciben
Que hacia ellos viene sombra encapotada.

Que es mensajero de fatales nuevas
El corazón fatídico presagia:
Acaso de Jerónimo de *Fiesco*
Viene á anunciar la muerte ó rota aciaga.

Sí: no se escuchan gritos de victoria,
Ni rumor se percibe de batalla:
«Es tiempo aun: volemos á su auxilio;
El paso acelerad,» Verrina clama.

Al mirarlos correr, el embozado
 Desenvaina terrífico la espada:
 En medio de la calle se detiene,
 Y arroja al suelo la pesada capa.
 Y en lugar de funesto mensajero,
 Á la luz de las teas ya cercanas,
 Del joven Doria el rostro se descubre,
 Que hace brillar amenazantes dagas.
 Mas Fiesco las aparta con su brazo;
 Grande trecho hacia Doria se adelanta;
 Y arrojando el almete: «¿Me conoces,
 Le dice, vil tirano de mi patria?
 »¿Sabes que ya llegó el feliz momento
 En que mi noble mano ensangrentada
 Haga bajar hasta el profundo abismo
 De los infiernos tu ánima execranda?
 »Recuerda, Juan, si enumerarlos puedes,
 Tus crímenes sin cuento y tus infamias,
 Y pide á Dios perdón de tus maldades
 Antes que tu cabeza al suelo caiga.
 »Prepárate á morir: ó si pudieres
 A tu enemigo combatiendo mata:
 Míralo, su cabeza está desnuda;
 Yace en el suelo mi robusta adarga.»
 A lo cual Doria: «Bien te reconozco,
 Con voz de trueno dice, alma villana,
 Traidor ingrato, fementido amigo,
 Adulador infame de mi casa.
 »Bien tal pago merecen los incautos
 Que en su regazo, oh sierpe, te abrigaran,

En vez de hundirte en fétida mazmorra,
 Que tu traición horrible demandaba.
 »Me avergüenzo; por Dios que me aver-
 Con tal villano de medir mis armas; [güenzo
 Mas no importa: á los buitres tu cabeza
 Muy presto arrojaré en la árida playa.»
 Y Fiesco le responde: «No sé cómo
 Puedo sufrir, mancebo, tu arrogancia;
 Mas te juro que en breve tu cabeza
 En alto palo se verá plantada.
 »Te juro que tu cuerpo lacerado
 Arrastrará entre mofas la canalla,
 Y que del tío vil que te protege,
 El pecho romperá tu propia daga.»
 Dice; y comienza la terrible lucha,
 Que todos miran con asombro y ansia:
 Mortales golpes ambos se dirigen;
 Los golpes ambos con destreza paran.
 Sin peso de armadura, el joven Doria
 Con movimientos rápidos escapa;
 La robustez del acerado peto
 La vida alarga al Conde de Lavaña.
 Ora la punta del agudo sable
 El limpio acero con fragor rechaza:
 Ora veloz el cuerpo se retira,
 Y el viento hiere cuchillada vana.
 Doria, por fin, del éxito impaciente,
 Asesta á su rival fiera estocada,
 Que va derecha al corazón del Conde,
 Mas en el peto fúlgido resbala.

Pérfida entonces la desviada punta
 Bajo el siniestro brazo honda se clava;
 Mas nuevas fuerzas y vigor inmenso
 A Fiesco da la sangre derramada.
 No con tal furia Aquiles de Larissa
 Bajo los muros de Ilión sagrada,
 Hirviendo en ciega cólera, el postrero
 Golpe mortal sobre Héctor descargara;
 Cual Fiesco ahora, con robusto brazo
 Su fuerte acero asolador levanta,
 Y lo deja caer, y un golpe solo
 La alta cabeza del rival separa.
 Roncos aplausos á su muerte siguen;
 Y la cabeza aun, ya destroncada,
 Vuelve al oírlos sus marchitos ojos
 Y una mirada aterradora lanza.
 ¡Desdichado mancebo! La fortuna
 Placentera á reinar lo destinaba;
 Mas en hora fatal trocó los hados
 La voluntad del cielo soberana:
 Y en lugar de presentes y diademas
 Recibe, muerto ya, mil puñaladas,
 Y la plebe en odiosa muchedumbre
 Sobre su cuerpo inanimado pasa.
 Mientras, los senadores presurosos
 Del Senado se juntan en la sala,
 Y uno tras otro rápidos penetran
 Con débil paso y faz desencajada.
 Espínola el postrero se presenta
 Cubierto de sudor, pero con calma,

Y á los ansiosos próceres reunidos
 Dirige así veloce la palabra:
 «Senadores, ya todo se ha perdido;
 El tiempo no es de discusiones largas;
 Cautela, actividad, premura exige
 El estado fatal de nuestra causa.
 »En este instante los rebeldes entran
 Victoriosos al ducal alcázar;
 Del joven Doria cubren el cadáver
 Heridas ciento de alevosas dagas.
 »Vanos han sido mis esfuerzos todos
 Para alentar los derrotados guardias:
 Las sorprendidas tropas han huído,
 Y las galeras quedan apresadas.
 »A mil peligros el anciano Doria
 En su caballo de escapar acaba:
 Desorden y anarquía por doquiera
 Destrozan rudos la infelice patria.
 »Fin imponed á inútiles arengas,
 Y al viento tremolando enseña blanca,
 Venid conmigo humildes á postraros
 Del fiero vencedor ante las plantas.
 »Intrépido luché con mis soldados;
 En medio me arrojé de la metralla;
 Cubierto vengo de sudor honroso;
 Mirad en sangre tinta mi coraza.
 »Mas todo en vano: á mi cruento lado
 Ni sombra me quedó de amiga espada:
 Más tiempo combatir fuera locura.
 Sustituya la súplica á las armas.

»Si no queréis que Génova perezca,
¡Oh! seguid mi consejo sin tardanza;
No hay otro medio: Espínola lo dice;
De Espínola fiad en la palabra.

»Si á tanta humillación hoy me sujeto,
Si ahora se abate tanto mi pujanza,
Es tan sólo, creedme, Senadores,
Para salvar mi patria infortunada.

»¿De qué sirve verter inútil sangre,
Sin gloria, sin honor, si hazaña tanta
Sólo ha de remachar esas cadenas
Que fementida tiéndenos la Francia?

»Tiempo es aún de remediar los males
Que acrecentar podría nuestra audacia.
¡Resolución! Al vencedor unidos,
Salvemos ¡oh! salvemos nuestra patria.

»Si no, lo que motín hora parece
Presto será dominación extraña;
Y ya sabéis, señores, cuán terrible
Es de Francisco la feroz venganza.»

Apenas cesa, el joven Bocanegra
Con ímpetu fogoso se levanta,
Y, «¿Quién creyera, dice, Senadores,
Que tal mengua pacientes escucharais?

»¿Qué es de la sangre que arde en vuestras
¿Qué se hizo nuestra fama decantada? [venas?
¡Oh Espínola! ¿Qué es ya de la bravura
Que á tu familia ilustre señalara?

»Por Dios que ya tu miedo inexplicable
Sólo presenta á tu ánimo fantasmas,

Y ese motín de marineros ebrios
En invasión convierte de la Francia.

»¿Qué importa que los guardias sorprendidos
Hayan huído ante esa turba insana?
Yo solo, yo, con mi tajante sable
Á los rebeldes todos derrotara.

»Combatamos sin tregua, Senadores,
Hasta vencer en desigual batalla:
Combatir hasta el fin.....» É interrumpiéndole
El anciano Grimaldi, grave exclama:

«Ten, oh mancebo, tu insultante lengua;
Refrena un poco, oh joven, tu arrogancia;
Y mis consejos dócil escuchando,
A la experiencia cede de estas canas.

»Con hombres más audaces he vivido:
Otras he visto poderosas razas,
Cual hoy el mundo producir no puede,
Que mis mandatos sabios acataban.

»Vieron también mis ojos á esos héroes
Con quien diez de vosotros no lucharais,
Humillarse á los débiles á veces
Por la salud de su adorada patria.

»Así, no es mengua que marchemos todos
Ramos llevando de la oliva sacra,
Y el trono á Fiesco humildes ofrezcamos
Para salvarnos y templar su saña.

»Marchemos, pues, ilustres Senadores;
Marchemos, pues, con suplicantes palmas:
El orgullo funesto depongamos,
Y la prudencia guíe nuestras plantas.

»Modera tus discursos, Bocanegra,
Aunque rival no tenga tu pujanza:
Y tú, Espínola, olvida generoso
Las palabras que incauto él pronunciara.

»Alcémonos, colegas, presurosos,
Que ya las horas rápidas avanzan:
Hechos, en vez de fútiles arengas,
La fortuna de Génova demanda.»

Nadie osa replicar á su discurso,
Que cual rocío cae sobre sus almas,
Y en procesión pacífica desfilan
Los Senadores al ducal alcázar.

¡Ay! ¡Cuán poco esta humilde comitiva
A aquella comitiva asemejaba
Que al comenzar de la tremenda noche
Leyes á toda Génova dictara!

Heraldos mil de estrepitosas lenguas
Ya no pregonan su feliz llegada,
Y al pronunciar de Fiesco el débil nombre,
La voz les tiembla sin saber la causa.

Mas en lugar del conocido labio,
Eco altanero inesperado clama:
«Fiesco no existe: á mí, y á mí tan sólo
Pida, y será la súplica escuchada.»

No con tal gozo en la llanura inmensa
Del infernal desierto de Sahara,
Cuando del sol los infecundos rayos
Abrasan la sedienta caravana,

El árabe cansado de improviso
Ve la fértil oasis desèada,

Que claras fuentes pródiga le ofrece
Y grata sombra de arrogantes palmas;
Como el Senado escucha tal noticia,
Que valor les infunde y arrogancia:
Maravilloso es ver con qué presteza
Todos su tono y expresiones cambian.

¡Vanidoso Jerónimo! ¿Qué has hecho
De tu hermano contando la desgracia?
Tu necio orgullo todo lo ha perdido,
Cuando todo tenías á tus plantas.

Ludovico maldice tu locura
Desde el profundo seno de las aguas,
Donde en momento de fatal memoria
¡Ay! le arrojó también locura insana.

¡Infeliz Ludovico! Ya á sus huestes
Rendida toda Génova miraba;
Venían ya hacia él los Senadores
La corona á ofrecerle que anhelara;

Ya su inmensa ambición insaciable
Al blanco más excelso era llegada,
Cuando en mala hora se oye en las galeras
Aterrador tumulto y algazara.

Por el confuso estrépito angustiado
A las galeras presuroso marcha:
Alas le da el furor; con pie ligero
Cruza las aguas por estrecha tabla.

Mas ¡ay incauto! resistir no puede
El frágil leño pesadumbre tanta;
Cruje, se rompe, y desaparece Fiesco
Como suele en las sombras la fantasma.

Así traidora la falaz fortuna
 Hasta los cielos al mortal ensalza,
 Y con mano feroz lo precipita
 Del hondo averno hasta la sima infanda.
 En las pobladas márgenes del Sena
 Excelso así se encumbra el aeronauta,
 Y de las nubes al profundo río
 Víctima cae de su fatal confianza.

V.

¿Visteis el cielo que risueño alegre
 El insondable golfo mejicano
 De espesas nubes súbito cubrirse,
 Luego tronar y retronar airado?
 ¿El silbo oísteis del furioso Bóreas,
 Y el bramido feroz del mar insano,
 Y el frecuente crujir del frágil leño
 A merced de las olas agitado?
 ¿Visteis la rapidez con que instantáneas
 Señales tan terríficas cesaron,
 Y á fresca tarde bellos sucedieron
 De la alba luna los serenos rayos?
 ¿Visteis trocarse la plegaria humilde
 Del arpa dulce en los acentos gratos,
 Y de la nave en el tranquilo puente
 Improvisarse plácido sarao?
 No de otra suerte en Génova la hermosa
 De la pasada noche el fiero estrago

De repente cesó, dejando apenas
 De su ciego furor ligeros rastros.
 Del rojo sol el encendido globo
 Pronto á llegar á su temido ocaso,
 Los dorados balcones ilumina
 De colgaduras ricas adornados.
 Ostentan orgullosas las doncellas
 Soberbias vestes de oro y de brocado,
 Y á los gallardos jóvenes se mira
 Las anchas calles recorrer ufanos.
 Presto se escucha el relinchar fogoso
 De ciento y ciento rápidos caballos,
 Que en procesión espléndida conducen
 Noble jinetes al ducal palacio.
 Presidiendo la ilustre comitiva,
 De vistoso cortejo acompañado,
 Fiero aparece el soberano Doria
 Sentado altivo en triunfante carro.
 Vivas sin cuento escúchanse doquiera;
 El gozoso cañón retruena en tanto,
 Y música marcial puebla los vientos,
 Con aromas sin fin embalsamados.
 ¿Qué es ya de los valientes Genoveses?
 ¿Dó están ahora los rebeldes bravos
 Que al oprimido pueblo prometieran
 Del yugo de los Dorias libertarlo?
 Vedlos ahí con faz aduladora
 Al mismo Doria alegres vitoreando,
 Cuya cabeza horrisonos pedían,
 Vil opresor llamándole y tirano.

Otros siguen el mísero camino
 Del que buscaron ¡ay! destierro amargo;
 De otros, en fin, los lacerados cuerpos
 Á los peces del mar sirven de pasto.

Así del vil gusano la soberbia
 De Dios abate la potente mano,
 Cuando á la cumbre de elevado monte
 Subir pretende con tardío paso.

¿Qué se hicieron el oro y las riquezas?
 ¿Adónde fueron los soberbios lauros
 Que los rebeldes fieros prometíanse
 Al blandir sus puñales inhumanos?

¡Ay! al tocar las elevadas nubes
 Sólo se hundieron en horrible fango;
 Y al respirar de Libertad la brisa
 ¡Infelices! sus grillos remacharon.

Sus crímenes en página enlutada
 Conservarán de Génova los fastos,
 Y al leer sus maldades inauditas
 Nadie dirá siquiera: «triüñfaron.»

¡Fiesco! tu rebelión inolvidable
 ¡Qué huellas tan funestas ha dejado!
 Sangre, matanza, huérfanos, viudas,
 Y un renombre inmortal, pero execrando.

1859.



LIBRO CUARTO.

SÁTIRAS.